

Géneros Creativos

Trabajo Práctico N° 3: Extrañamiento y empatía

Dos Santos Lara. 7°A

No se cuantos escalones más podré subir porque cada vez es más difícil.

Mi memoria ya no es la misma, a veces olvido algunas cosas, pero cuando naciste yo tenía 62 años, me acuerdo perfectamente porque siempre me gustaron los números pares.

Los primeros años pasaron bastante rápido y sin muchos inconvenientes, eras un chico sano pero muy inquieto desde chiquito, te tuve que enseñar a subir la escalera de casa para que pudieras visitarme. El último escalón fue el más difícil porque es un poco más alto que el resto pero una vez que le agarraste la mano no te paraba nadie.

Por mi parte los primeros escalones siempre fueron los más fáciles porque uno tiene más energía, me agarré de la baranda y poco a poco voy subiendo hasta llegar al quinto porque es un mini descanso. Hasta los 67 años podía seguir subiendo y llegar a la puerta de casa, vos me esperabas sentadito allá arriba (porque ibas corriendo) pero ahora necesito hacer una pausa para poder continuar. Me detengo y respiro unos segundos.

El sexto escalón me recuerda cuando entraste a la primaria (justamente con 6 años) porque después de unos pequeños pasos y un descanso comienza otra etapa un poco más complicada, ahora al girar puedo ver la parte más larga de la escalera en L.

A los siete, casi ocho, ya no me permitías ayudarte con la mochila, porque decías que era muy pesada. Nos pesaba a ambos así que subíamos despacio.

En el octavo escalón, ya a mis 70 años comenzaba a hacerse cada vez más evidente el cansancio en las rodillas, pero seguía adelante para alcanzarte. Iba a mi ritmo así me cansaba un poco menos, nunca te pude seguir el paso.

A los diez te daba miedo empezar 4º, las tareas eran más complicadas y además te cambiaron al turno tarde porque a tu mamá se le complicaba llevarte, entonces ahora yo te acompañaba al cole cada mediodía, después de todo caminar una cuadra es más fácil que llegar a la puerta de casa. Ese año me regalaron un bastón que me acompaña hasta hoy en día y es mi aliado en esos escalones en los que necesito un poco más de ayuda. Tenías trece años cuando un día dejaste de correr para empezar a ayudarme y desde entonces subimos juntos. Al principio contabas las pausas

y su duración a modo de juego, esa manía tuya de contar todo. Después te cansaste, o quizás no te gustaba saber los resultados.

-Falta poco- me animás a seguir al ver mi cara de cansancio.

Subo un escalón más. A esta altura me siento agotado, necesito sentarme.

-El último en llegar se queda sin queso y dulce- bromeo. Se lo mucho que te gusta el postre vigilante y que aún así no correrías.

Quedan cuatro escalones, mis rodillas no dan más. Se me cansan los brazos de apoyarme, de hacer fuerza. Hacemos el último descanso y recordamos cuando te vestías de traje y moño para las fiestas de quince años.

A los 17 se te ocurrió colocar una baranda nueva del lado izquierdo de la escalera. Ahora podía sostenerme de ambos lados, sobre todo al bajar porque me daba miedo tropezarme y tener que ir al hospital. Mis huesos son un poco frágiles.

A esta altura, ya con ochenta años, no dejo de pensar en cómo hace un tiempo atrás yo te tomaba de la mano, te ayudaba a seguir. Ahora es al revés, ahora yo no puedo subir el último escalón.